



El año litúrgico es un ciclo sabiamente dispuesto de tal manera que el fin coincide con su principio. El Adviento que iniciamos es un tiempo en el que la Iglesia llama a estar vigilantes, a permanecer en silencio para acoger al Señor que viene *“en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra”*. (Pf. 1º de Adviento).

El deseo de salir

Estos días que iniciamos es la ocasión que se nos brinda para avivar, con corazón de pobre y por medio de una oración confiada y humilde, *“el deseo de salir acompañados de buenas obras al encuentro de Cristo”*. Así se recoge, a modo de camino que se hace plegaria, en la oración colecta de este domingo.

Pero hemos de tener presente que cuando en la antigüedad cristiana los fieles decían **“adventus”**, simplemente afirmaban que Dios está aquí. Viene. Aunque no podamos verlo ni tocarlo, como es posible con las realidades sensibles. Él está a nuestro lado y llama a las puertas de nuestro corazón de muchas maneras: en la **lectura de la Sagrada Escritura, en los sacramentos y en particular en la Eucaristía, en el año litúrgico, en la vida de los santos, en muchos episodios más o menos prosaicos de la vida cotidiana, en la belleza de la creación...**

El Adviento nos invita a detenernos, en silencio, a fin de sentir la presencia del Altísimo por medio de un recordar agradecido. San Jerónimo da este consejo al monje Rústico que sirve para nosotros en este tiempo de vigilancia como son estos días: *“Ten siempre la Biblia en*

tus manos y ante tus ojos; rumia el salterio palabra por palabra; ora sin cesar; que tu espíritu esté vigilante y no se abra a pensamientos vanos”.

Si nos imbuimos de esta realidad, si la consideramos a menudo a lo largo de estas semanas, nos sentiremos movidos a hablarle con confianza en la oración; le presentaremos los sufrimientos que nos entristecen, las impaciencias y las preguntas que brotan de nuestro interior. Este es el momento propicio para que crezca en nosotros la certeza de que Él siempre nos escucha y por eso podemos decir:

«A ti, Señor, levanto mi alma, Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado» Con estas palabras del salmo 24 se inicia la celebración eucarística de este día y es todo un programa a seguir.

Dídimo el Ciego, escritor cristiano del s. IV, que estaba al frente de la escuela catequética de Alejandría comenta que *“levantar el alma significa sentir nostalgia de la propia patria”* (Jr 22,27; 44,14). El espíritu se eleva cuando la añoranza forma parte de nuestro entorno vital. Es lo que san Benito afirma que se ha de tener: *“deseo del cielo”*. Porque se tiene deseo del cielo, porque se añora la propia patria se pide: *“Venga a nosotros tu Reino”*.

La paz no viene por la ausencia de problemas, sino por la presencia de Dios.

Pero... ¿qué significa este deseo que ha de hacerse oración intensa? El Compendio del CIC, en el nº 590, nos ofrece una sencilla indicación:

“La Iglesia invoca la venida final del Reino de Dios, mediante el retorno de Cristo en la gloria”.

Había sido anunciado por los profetas y celebrado, mediante un canto agradecido, en el libro de los

salmos; pero daba la impresión que se quedaba en un mero ideal, hermoso ciertamente, pero más deseo que gozosa realidad.

Una nueva realidad

En su primera venida, que se llevó a cabo *“en la humildad de nuestra carne”* (Pf. 1), puso los cimientos y la profecía comenzó a ser realidad. Sus rasgos, los rasgos del Reino, nos los ofrece en unas parábolas:

-La del **Padre misericordioso** (o del hijo pródigo) (Lc15, 11-32). En ella nos muestra, frente a una religión de mera formalidad y cumplimiento, a un Dios que tiene corazón de Padre tierno.

- Frente a una **sociedad cargada de prejuicios** propios de un mundo enfermo (Himno **“Creator alme siderum”**), propone una fraternidad sincera que es fruto del *“alimento de la caridad”* (or. post comunión dom. XXII): delicioso fruto, crujiente pan, que brota del misterio pascual de Cristo.

Las parábolas del **buen samaritano** (Lc 10,25-37), la **mujer adúltera** (Jn 7, 53-8,11), el **ciego de nacimiento** (Jn 9), **los leprosos** (Lc 17:11-18:14), nos muestran toda una manera de proceder frente a las discriminaciones que, con facilidad enraízan en el corazón generando graves injusticias, están llamadas a desaparecer en la venida gloriosa de Jesús.

Paternidad y fraternidad toman forma de cruz. Es la señal que aparecerá en el cielo cuando el Señor venga para juzgar (Imitación de Cristo 12, 1). Con este bagaje de obras buenas hemos de salir a su encuentro, en el gozo de saber que: *“En aquel día los montes destilarán dulzura y las colinas manarán leche y miel”* (Ant 1ª Laudes domingo I de Adviento).

«De los montes la dulzura, de los ríos leche y miel, de la noche será aurora la venida de Emmanuel»

Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines,
resplandece.
Despierta tu poder y ven a salvarnos.
Dios de los ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó
y que tú hiciste vigorosa.
Que tu mano proteja a tu escogido,
al hombre que tú fortaleciste.
No nos alejaremos de ti;
danos vida, para que invoquemos tu nombre.

El Salmo 79 [80] es un cántico fuertemente marcado por la sufrimiento, pero también por una confianza inagotable que se transforma en un apremiante: “Despierta y ven a salvarnos”. Es la petición que se hace en la seguridad de que Dios, Pastor que siempre escucha, está dispuesto a intervenir.

Es el salmo que la Iglesia propone como responsorial para este primer domingo del año litúrgico. Todo él está empapado en una fuerte esperanza que se hace certeza. De ahí que, con todas nuestras fuerzas, hemos de decir: “¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!” (Is 63,19). La plegaria sinagoga que lleva por título “Dieciocho bendiciones” dice: “Dios hará florecer pronto el retoño de David y exaltará su poder por medio de su salvación, porque es lo que esperamos todos los

días”.

Son unos días, por tanto, que se nos regalan para fortalecer nuestra vocación de hombres y mujeres que “esperan la manifestación del Señor Jesucristo” (cf. 1Cor 1,7). Y lo hace con deseo ardiente; con una plegaria confiada que se eleva, como precioso incienso, a quien se “sienta sobre querubines”. San Agustín comentará: “Los querubines son el trono de la gloria de Dios y significan la plenitud de la ciencia; si quieres, tú podrás ser un querubín. ¿Cómo —me dirás— podré llegar a ser la plenitud de la ciencia? Si en ti está el amor, inevitablemente llegará a ti la plenitud de la ciencia. Nada ignora el que conoce el amor, puesto que se dijo: Dios es amor”.

El salmo se abre invocando a Dios con el título de “Pastor de Israel”. El cuidado amoroso por parte Dios de su rebaño, haciéndose su compañero por los caminos de la vida (Jer 23,1-8; Ez 34,1-31) lleva a llamarle así. Es una súplica, intensa, que transmite un sentido profundo de urgencia. La petición es fruto de una gozosa experiencia: “Tú estás conmigo” v. 4 (שבטך ומשענתך) puesto que ha guiado a su pueblo desde que existe hasta hoy (cf. Gn 48,15).

Este salmo está muy presente en los últimos días de Adviento en las llamadas antífonas mayores o de la “Oh”. Todas comienzan con este vocativo que sale del corazón admirado como fruto de lo que se contempla. Forman parte de la oración vespertina. En ellas, del 17 al 23 de diciembre, se canta la deseada venida gloriosa de Cristo, que es invocado con diferentes títulos bíblicos:

«O Orens... Ven e ilumina a los que yacen en tinieblas»

«O Rex Gentium... Ven y salva al hombre».

«O Emmanuel... Ven y sálvanos, Señor Dios nuestro».

La viña del Señor es la casa de Israel

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo I de Adviento “B”

Un texto para guardar
en la memoria del corazón



En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».

Marcos 13, 33-37.

¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas. «Descendiste, y las montañas se estremecieron». Jamás se oyó ni se escuchó, ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por quien espera en él...

Isaías 63, 16c.17.19c; 64, 2b-7